

# Bate, fama veloz, las prestas alas

[Poema - Texto completo.]

Miguel de Cervantes Saavedra

Bate, fama veloz, las prestas alas,  
rompe del norte las cerradas nieblas,  
aligera los pies, llega y destruye  
el confuso rumor de nuevas malas  
y con tu luz desparce las tinieblas  
del crédito español, que de ti huye;  
esta preñez concluye  
en un parto dichoso que nos muestre  
un fin alegre de la ilustre empresa,  
cuyo fin nos suspende, alivia y pesa,  
ya en contienda naval, ya en la terrestre,  
hasta que, con tus ojos y tus lenguas,  
diciendo ajenas menguas,  
de los hijos de España el valor cantes,  
con que admires al cielo, al suelo espantes.

Di con firme verdad, firme y segura:  
¿hizo el que pudo la victoria vuestra?  
¿Sentenciado ha su causa el Padre eterno?  
¿Bañada queda en roja sangre y pura  
la católica espada y fuerte diestra?  
En fin, de aquel que asiste a su gobierno,  
¿poblado ha el hondo infierno  
de nuevas almas, y de cuerpos lleno  
el mar, que a los despojos y banderas  
de las naciones pertinaces, fieras,  
apenas dio lugar su inmenso seno,  
del pirata mayor del occidente  
ya inclinada la frente,  
y puesto al cuello altivo y indomable  
del vencimiento el yugo miserable?

Di (que al fin lo dirás): «allí volaron  
por el aire los cuerpos, impelidos  
de las fogosas máquinas de guerra;  
aquí las aguas su color cambiaron,  
y la sangre de pechos atrevidos  
humedecieron la contraria tierra»;

cómo huye, o si afierra,  
este y aquel navío; en cuántos modos  
se aparecen las sombras de la muerte;  
cómo juega Fortuna con la suerte,  
no mostrándose igual ni firme a todos,  
hasta que, por mil varios embarazos,  
los españoles brazos,  
rompiendo por el aire, tierra y fuego,  
declararon por suyo el mortal juego.

Píntanos ya un diluvio con razones,  
causado de un conflicto temeroso  
y que le pinta la contraria parte:  
mil cuerpos sobreaguados y en montones  
confusos, otros naden codiciosos  
d'entretener la vida en cualquier parte;  
al descuido, y con arte,  
pinta rotas antenas, jarcias rotas,  
quillas sentidas, tablas desclavadas,  
y, de impaciencia y de rigor armadas,  
las dos (y no en valor) iguales flotas.  
Exprime los gemidos excesivos  
de aquellos semivivos  
que, ardiendo, al agua fría se arrojaban  
y, en la muerte del fuego, muerte hallaban.

Después d'esto dirás: «en espaciosas,  
concertadas hileras va marchando  
nuestro cristiano ejército invencible,  
las cruzadas banderas victoriosas  
al aire con donaire tremolando,  
haciendo vista fiera y apacible.  
Forma aquel son horrible  
que el cóncavo metal despide y forma,  
y aquel del atambor que engendra y cría  
en el cobarde pecho valentía  
y el temor natural trueca y reforma»;  
haz los reflejos y vislumbres bellas  
que, cual claras estrellas,  
en las lucidas armas el sol hace  
cuando mirar este escuadrón le place.

Esto dicho, revuelve presurosa  
y en los oídos de los dos prudentes  
famosos generales luego envía  
una voz que les diga la gloriosa  
estirpe de sus claros ascendientes,  
cifra de más que humana valentía:

al que las naves guía  
muéstrale sobre un muro un caballero,  
más que de yerro, de valor armado,  
y entre la turba mora un niño atado,  
cual entre hambrientos lobos un cordero,  
y al segundo Abraham que dé la daga  
con que el bárbaro haga  
el sacrificio horrendo que en el suelo  
le dio fama y inmortal gloria en el cielo;

dirás al otro, que en sus venas tiene  
la sangre de Austria, que con esto sólo  
le dirás cien mil hechos señalados  
que, en cuanto el ancho mar cerca y contiene,  
y en lo que mira el uno y otro polo,  
fueron por sus mayores acabados.  
Éstos así informados,  
entra en el escuadrón de nuestra gente  
y allá verás, mirando a todas partes,  
mil Cides, mil Roldanes y mil Martes,  
valiente aquél, aquéste más valiente;  
a estos solos les dirás que miren  
para que luego aspiren  
a concluir la más dudosa hazaña:  
«Hijos, mirad que es vuestra madre España!,

la cual, desde que al viento y mar os distes,  
cual viuda llora vuestra ausencia larga,  
contrita, humilde, tierna, mansa y justa,  
los ojos bajos, húmedos y tristes,  
cubierto el cuerpo de una tosca sarga,  
que de sus galas poco o nada gusta  
hasta ver en la injusta  
cerviz inglesa puesto el suave yugo  
y sus puertas abrir, de horror cargadas,  
con las romanas llaves dedicadas  
a abrir el cielo como al cielo plugo.  
Justa es la empresa, y vuestro brazo fuerte;  
aun de la misma muerte  
quitara la vitoria de la mano,  
cuanto más del vicioso luterano».

Muéstrales, si es posible, un verdadero  
retrato del católico monarca,  
y verán de David la voz y el pecho,  
las rodillas por el suelo y un cordero  
mirando, a quien encierra y guarda un arca,  
mejor que aquélla quisiera haber hecho,

puestos de trecho a trecho  
doce descalzos ángeles mortales  
en quien tanta virtud el cielo encierra  
que con humilde voz desde la tierra  
pasan del mismo cielo los umbrales.  
Con tal cordero, tal monarca y luego  
de tales doce el ruego,  
diles que está seguro el triunfo y gloria,  
y que ya España canta la victoria.

Canción, si vas despacio do te envío,  
en todo el cielo fío  
que has de cambiar por nuevas de alegría  
el nombre de canción y profecía.